

Leopoldo de Luis: TEATRO REAL; Colección «Adonais»; Madrid, 1957.—«Teatro real» pertenece a esa estirpe de libros poéticos que por sí solos bastarían para justificar la obra de un autor. Si Leopoldo de Luis no hubiese escrito jamás un solo verso, «Teatro real» constituiría la revelación de un gran poeta. Esa es, al menos, la impresión que a nosotros nos ha causado la lectura de este su último libro.

Consta «Teatro real» de dos partes, perfectamente diferenciadas. En realidad no son tales partes, sino dos libros agrupados en uno. La primera de estas partes —o el primero de estos libros— titúlase como el libro todo: «Teatro real». Y la segunda, «Patria oscura». Abrese la primera parte con un espléndido poema: «La representación». Tal representación no es otra que la que los humanos, con nuestras torpes miserias y grandezas, vivimos cada día. Es una representación que no se acaba jamás. Que terminó hace siglos y, sin embargo, continúa en este gran escenario que es el mundo. Tras este poema, se suceden otros, perfectamente encadenados, que desarrollan la idea calderoniana de la vida concebida como una gran representación. Es «El gran teatro del mundo» de Calderón transformado en poesía lírica por este «Teatro real» de Leopoldo de Luis. Con la particularidad de que Leopoldo de Luis, aún abriendo una puerta a la esperanza, cree que la vida es solo esa gran farsa sin cabeza ni pies, sin fin y sin principio, que nos toca representar cotidianamente.

La segunda parte —«Patria oscura»— no tiene el armazón encadenado de la primera, aunque sus poemas giren también en torno a un denominador común. Particularmente considerados, estos poemas son casi mejores que los que integran la otra parte. Si no todos, sí algunos de ellos. Tal es el caso de «Una ventana», «La esperanza», «La soledad» y, sobre todos, el que sirve de pórtico a esta parte y cuyo mismo título lleva. Es este un poema que en el conjunto del libro significa tanto como «La representación», de la primera parte. El poema podría haberlo firmado Unamuno o Antonio Machado. La conciencia hispánica de la generación del 98, de sus poetas, queda bien grabada en él. Aunque esta patria oscura no sea aquella que tanto sintieron los del 98 y sí la España de insatisfacciones y anhelos truncados que los españoles de hoy vemos morir tristemente.

El libro queda cerrado con un epílogo marginal, compuesto por dos bellísimos sonetos, donde el poeta vuelve a considerar, ahora como protagonista, la idea central del gran

teatro del mundo. «Que el personaje oscuro que interpreto —dice Leopoldo de Luis— no andará más que sobre mi esqueleto, y en paz y pena su papel reclama». Dicho esto, el poeta da por concluido un libro que quizá sea la más alta expresión de su obra lírica. Y nadie ignora que la obra lírica de Leopoldo de Luis tiene un puesto destacado entre los poetas de los dos últimos decenios.

Manuel García Vela: EL POETA SEVILLA; de RAFAEL LAFITTE; (traducción de García Vela); Madrid, 1957.—Se comienza este estudio de Manuel García Vela, el de crítica literaria, García Vela se nos había revelado poeta latino —esta parte latina— en sus propios escritos. Mas ahora resulta que el poeta es también excelente crítico. Y tenemos referencias de que escribió cuatro —y con acierto, al parecer— libros.

El crítico García Vela, tal como se nos presenta en este breve estudio sobre Rafael Lafitte, merece bien el nombre de la crítica. Su método no es muy profundo, pero no falta de tener agudía cuando habla por sus propios. Claro es que la poesía de Lafitte, esencial y sencilla más que otra cosa, carece de profundidad vital en la medida de sus manifestaciones. Y su estudio no exige grandes herramientas. García Vela se limita a describirnos el fragmento, utilizando, quizá con demasiada frecuencia para un libro tan breve, algunas frases. También hace uso de la tradición que Rafael Lafitte ha dado, al parecer, sobre el mismo. Pero cuando García Vela toma la pluma, apartándose en los demás a circunscribir de ella, no hay duda de que posee agudeza, penetración, énta e inteligencia.

Por lo demás, el estudio está muy bien desarrollado. Está bien desarrollado, con hasta de la impresión de estar escrito por un crítico habitual, con mucho saber y muchas cosas de peso en tales cuestiones. Por todas estas razones, el estudio se hace imprescindible para los que quieren introducirse en la poesía castellana, las características de la Sevilla del verso y barroco, de esa línea añeja en la que están Herrera y Quevedo, Salazar y Seda y Manuel Machado, Adriano del Valle y Rafael Lafitte. Pero es la que se está el mismo, el Antonio Machado, el Juan Ramón, el Cernuda, el Albornoz...

Definitivamente, por último, otra virtud del libro: la de ser provechoso y elegante, una prueba del acierto de Manuel García Vela como poeta de buen gusto, ya que sabido es que todo buen poeta, ha resultado siempre buen crítico.